

La influencia de la filosofía y la retórica en la educación de la República Romana

The Influence of Philosophy and Rhetoric on the Education of the Roman Republic

Por: Christian Felipe Pineda

Universidad del Valle

Colombia

chrz1990@hotmail.com

Recepción: 19.04.2015

Aprobación: 20.06.2015

Resumen: *El presente artículo tiene como objetivo examinar cómo se dio la influencia de la cultura helénica en el ámbito educativo de la República Romana, periodo en el que la Hélade fue conquistada militarmente por los romanos. Me centraré especialmente en la recepción de la filosofía y la retórica en Roma, ya que estas disciplinas que fueron importadas desde Grecia transformaron radicalmente el modelo educativo romano. Para el desarrollo de este examen me serviré de la obra del filósofo y orador más destacado de la República romana: Marco Tulio Cicerón (106 – 43 a. n. e.), la cual está atravesada por la imperante necesidad de (re)conciliar las reflexiones intelectuales griegas con los valores y las costumbres de los romanos.*

Palabras clave: *República Romana, Cicerón, filosofía romana, retórica antigua, educación antigua, filohelenismo.*

Abstract: *The paper aims to examine how the influence of Hellenic culture was in the educational field of the Roman Republic, a period in which Hellas was militarily conquered by the Romans. I will focus specially on the reception of philosophy and rhetoric in Rome, since these disciplines, which were imported from Greece, radically transformed the Roman educational model. For carry out this examination, I will use the work of the philosopher and orator most prominent of the Roman republic: Marcus Tullius Cicero (106 – 43 BCE), which is crossed by the imperative need to reconcile the Greek intellectual reflections with the Romans values and customs.*

Keywords: *Roman Republic, Cicero, Roman Philosophy, Ancient Rhetoric, Ancient Education, Philhellenism.*

1. Introducción

Tras su victoria después de más de un siglo de guerras (264-146 a. n. e.), Roma se convirtió en la nación más poderosa del Mediterráneo. Entre otras cosas, su campaña expansionista había tenido gran éxito en anexar uno por uno los reinos y las colonias griegas a su territorio, haciendo de Grecia otra más de sus provincias. No obstante, la conquista militar y política de Grecia terminó por convertirse en la conquista cultural de Roma, hecho que es expresado por Horacio en su famosa sentencia:

Graecia capta ferum victorem cepit et artis intulit agresti Latio.

La Grecia cautiva conquistó a su feroz conquistador e introdujo las artes en el Lacio agreste. (*Ep.* 2.1.156-157)¹

A pesar de que el poder político y militar estaba en manos de los romanos, el contacto con la cultura griega transformó radicalmente la mentalidad y las costumbres de los romanos. De esta manera, sus productos, tanto materiales (e.g. la arquitectura y la escultura) como espirituales (e.g. la religión y la filosofía), fueron asimilados por los romanos. Más aun, todo romano con un cargo público importante debía hablar y conocer la lengua griega: por un lado, era la lengua culta y, por otro, era la lengua hablada por más de la mitad de los habitantes del Imperio (Veyne, 2009, pp. 7-8). Así pues, no era de extrañar que la educación tradicional romana también se viese transformada a partir de los modelos educativos provenientes de Grecia.

Dicho esto, el objetivo del presente artículo es examinar el modo en que se dio la influencia de la cultura helénica en el ámbito educativo de la República Romana, periodo en el que la Hélade fue conquistada militarmente por los romanos. Me centraré especialmente en la recepción de la filosofía y la retórica en Roma, ya que estas disciplinas que fueron importadas desde Grecia² transformaron radicalmente el modelo educativo romano. Para el

¹ Todas las citas de las fuentes clásicas griegas y latinas corren por mi cuenta.

² Al respecto comenta Alain Michel (1960): “Hablar de retórica y de filosofía es referirse ante todo a la cultura griega. Las dos palabras le pertenecen. Es bien sabido que los romanos no tuvieron una filosofía propia. Si, por otra parte, se leen los textos que Suetonio consagró a los rétores, vemos que él considera al arte de éstos como una importación de Grecia” (p. 3).

desarrollo de este examen me serviré de la obra del filósofo y orador más destacado de la República Romana: Marco Tulio Cicerón (106-43 a. n. e.), la cual está atravesada por la imperante necesidad de (re)conciliar las reflexiones intelectuales griegas con los valores y las costumbres de los romanos.

2. La recepción de la filosofía y la retórica en Roma: fascinación y oposición

Según Cicerón, el primer contacto que tuvo Roma con la sabiduría griega data de la época de la fundación de la República (509 a. n. e.). En este periodo Pitágoras residió en Italia junto a los fundadores, quienes escucharon atentamente sus enseñanzas (*Tusc.* 4.2). Luego, los esclavos griegos capturados en combate durante los años de guerra se encargaron de enseñar a sus nuevos señores los desarrollos de su cultura. Con todo, la mayoría de las fuentes señalan como acontecimiento decisivo la llegada de la embajada griega a Roma en el año del 155 a. n. e. (*De or.* 2.155; *De rep.* 3.9; *Tusc.* 4.5; *Cat. Ma.* 22.1; *NA* 6.14.8; 17.21.48). Este evento significó el advenimiento de la filosofía y la retórica en Roma y, por ende, la transformación de la educación tradicional romana. Esta embajada había reunido a los jefes de las escuelas filosóficas más importantes de Atenas con el fin de defenderla de la multa que se le había impuesto por invadir la ciudad griega de Oropo. Carnéades de la Academia, Critolao del Liceo y Diógenes de Babilonia de la Estoa se presentaron ante las cortes romanas y pronunciaron discursos en pro de su causa.³ Finalmente victoriosos, los embajadores se quedaron en Roma enseñando sus artes a los fascinados jóvenes romanos.

Antes de la embajada del 155 a. n. e., los romanos no habían presenciado pública y masivamente las agudas disertaciones de los filósofos ni los esplendidos discursos de los oradores griegos. De hecho, las fuentes no escatimaron en destacar la excelencia filosófica y retórica de los embajadores (*NA* 6.14.8-10). De este modo, nació en los jóvenes romanos un gran interés por aprender las habilidades de los embajadores. Aquellos se apilaban para escucharlos mientras leían asiduamente sus obras y las de los maestros griegos de antaño. Este furor helénico es relatado por Plutarco:

³ Sobre la ausencia del jefe del Jardín señala Morford (2002): “La escuela epicúrea no fue representada debido, presumiblemente, a que su doctrina ordenaba no involucrarse en los asuntos políticos” (p. 13).

άνηρ Ἑλλην [i.e. Καρνεάδης] εἰς ἔκπληξιν ὑπερφυῆς πάντα κηλῶν καὶ χειρούμενος ἔρωτα δεινὸν μβέβληκε τοῖς νέοις, ὕφ' οὗ τῶν ἄλλων ἡδονῶν καὶ διατριβῶν ἐκπεσόντες ἐνθουσιῶσι περὶ φιλοσοφίαν.

Un varón griego [i.e. Carnéades], extraordinario hasta la consternación, encantando y destruyendo todas las cosas, había provocado un terrible amor en los jóvenes, por causa del cual, apartándose de los otros placeres y ocupaciones, son poseídos por la filosofía. (*Cat. Ma.* 22.3-4)⁴

Esta generación de jóvenes fue la creadora de la filosofía y la retórica específicamente romanas, siendo Cayo Lelio y Escipión Emiliano los padres de la filosofía romana (*De or.* 3.155).⁵ El filohelenismo de este par de amigos los llevó a fundar el *Círculo de Escipión*, una tertulia que reunía a la juventud amante de la filosofía y la cultura griega. Entre sus miembros se puede contar a los grandes literatos latinos Terencio, Lucilio y Pacuvio, al historiador griego Polibio y al filósofo griego Panecio.

Ante el excesivo filohelenismo de la juventud romana reaccionó el sector más conservador de la elite de la República Romana, el cual, al ver la afición de los jóvenes por la filosofía y la retórica, temió que la educación y los valores tradicionales se corrompiesen por la enseñanza de las disciplinas griegas. El opositor más fuerte del modelo educativo griego fue Catón el Censor, quien temía que los jóvenes ambicionaran tanto la fama de ser hábiles oradores, que se olvidasen ser hacedores de grandes obras y de proezas militares:

ὁ δὲ Κάτων ἐξ ἀρχῆς τε τοῦ ζήλου τῶν λόγων παραρρέοντος εἰς τὴν πόλιν ἤχθετο, φοβούμενος μὴ τὸ φιλότιμον ἐνταῦθα τρέψαντες οἱ νέοι τὴν ἐπὶ τῷ λέγειν δόξαν ἀγαπήσωσι μᾶλλον τῆς ἀπὸ τῶν ἔργων καὶ τῶν στρατειῶν.

⁴ Cabe aclarar que aquí Plutarco no manifiesta su parecer sino el del sector más conservador de la elite romana.

⁵ Al respecto comenta Mark Morford (2002): “los embajadores, como advirtió Catón el Censor, fueron especialmente atractivos de los jóvenes romanos, incluyendo a Escipión Emiliano y sus amigos, y así nosotros podemos datar el desarrollo de la filosofía específicamente romana en su madurez, es decir, unos diez o veinte años después de la embajada del 155” (p. 13).

Catón, mientras el amor ferviente por los discursos fluía hacia la ciudad, se disgustó desde un comienzo, temeroso de que los jóvenes, dirigiéndose hacia el amor por el honor, desearan la gloria del hablar más que la de las obras y las expediciones militares. (*Cat. Ma.* 22.4-5)

Por esta razón, Catón pidió al senado expedir un decreto en el que se expulsase a los embajadores de Roma:

ὅπως οὗτοι [i.e. ἡ πρέσβεια] μὲν ἐπὶ τὰς σχολὰς τραπόμενοι διαλέγονται παισὶν Ἑλλήνων, οἱ δὲ Ῥωμαίων νέοι τῶν νόμων καὶ τῶν ἀρχόντων ὡς πρότερον ἀκούωσι.

Para que estos [i.e. los embajadores], regresados a las escuelas, dialogasen con los niños de los griegos, y los jóvenes de los romanos escuchasen las leyes y los magistrados como en el principio. (*Cat. Ma.* 22.7)

La élite conservadora, tal como relata Plutarco, no sólo veía en la retórica y la filosofía banalidades, sino también poderosas y peligrosas armas para cuestionar y socavar las costumbres y las leyes romanas. Así pues, el espíritu crítico griego constituía una seria amenaza para los valores de la tradición romana:

[Ὁ Κάτων] ταῦτα δ' οὐχ (ὡς ἔνιοι νομίζουσι) Καρνεάδῃ δυσχεράνας ἔπραξεν, ἀλλ' ὅλως φιλοσοφία προσκεκρουκῶς, καὶ πᾶσαν Ἑλληνικὴν μοῦσαν καὶ παιδείαν ὑπὸ φιλοτιμίας προπηλακίζων, ὅς γε καὶ Σωκράτῃ φησὶ λάλον γενόμενον καὶ βίαιον ἐπιχειρεῖν, ᾧ τρόπῳ δυνατὸς ἦν, τυραννεῖν τῆς πατρίδος, καταλύοντα τὰ ἔθνη καὶ πρὸς ἐναντίας τοῖς νόμοις δόξας ἔλκοντα καὶ μεθιστάντα τοὺς πολίτας.

[Catón] no hizo estas cosas (como algunos piensan) por estar disgustado con Carnéades, sino por estar en desacuerdo con la totalidad de la filosofía, reprochando violentamente por rivalidad todas las artes liberales y la educación griega, puesto que dice que Sócrates, llegando a ser tanto charlatán como violento, intentó, en el modo que era posible, tiranizar la patria, socavando las

costumbres, cambiando y conduciendo a los ciudadanos hacía opiniones opuestas a las leyes. (*Cat. Ma.* 22.1)

La élite romana conservadora veía en la sabiduría griega mera y vana palabrería, a diferencia de la sabiduría romana que se materializaba en la práctica y en hechos concretos. De hecho, nosotros podemos vislumbrar fácilmente esta oposición cultural: mientras la mayoría de los méritos de Grecia están en el cultivo de las ciencias y las artes, los de Roma están en las campañas políticas y militares. Es precisamente este énfasis en la experiencia práctica y en los resultados concretos, junto con el desprecio por el ocio y la teoría, la base del modelo educativo romano y el rasgo esencial que distinguía a los romanos de los griegos. De esta suerte, el fin último de la educación tradicional romana era formar líderes para los asuntos políticos y militares, cultivando la importancia de cumplir un rol activo en el servicio al Estado. Veamos, en palabras de Morford, cómo era que se desarrollaba este ideal educativo:

La juventud romana aprendía a través del ejemplo de sus ancestros, de los altos miembros de su familia, y de la lectura y escucha acerca de grandes líderes romanos del pasado, especialmente los de sus propias familias. Ella aprendería a partir de la asociación con los líderes más viejos en el senado en Roma, de la convivencia con uno de los líderes más viejos en el servicio militar (*contubernium*), y de la experiencia temprana en campañas militares. Los dos principios subyacentes eran, primero, el reconocimiento de la tradición y la experiencia en inculcar altos principios morales, y, segundo, la asociación con ancianos con experiencia, triunfos y moralidad austera. (2002, p. 17)

La educación romana no era, a diferencia de la griega, παιδεία. Por el contrario, era una educación para adultos (Michel, 1960, p. 22). Después de una educación muy básica en aritmética y gramática, los niños romanos leían y escuchaban historias sobre las proezas de sus antepasados. Así, conocían su tradición. Esta educación, con todo, no era lo esencial de la educación romana; era meramente preliminar. Al cumplir la mayoría de edad los romanos eran entregados bajo la tutela de uno o varios de los hombres más destacados de la

nobleza: hombres con mucha experiencia práctica y con un historial de victorias judiciales, militares y políticas. Bajo su cuidado, los jóvenes romanos adquirirían la experiencia práctica necesaria para obtener sus propios méritos. Esta educación era fundamentalmente práctica, liberada del estudio de cualquier tipo de preceptos y construcciones teóricas. Ellos veían actuar a sus maestros y, siguiendo su ejemplo, empezaban a practicar como abogados en casos sencillos. También los asistían en sus campañas militares. Luego, iniciaban el *cursus honorum*.⁶ Además del marcado carácter práctico de esta educación, ella se caracterizaba por formar en los jóvenes el respeto por las leyes y las instituciones. De ahí que los tutores no sólo eran expertos políticos y militares, sino también *exempla*: modelos de virtud dignos de ser imitados.

3. El advenimiento de la filosofía y la retórica en Roma: asimilación y síntesis

Cuando los jóvenes romanos empezaron a practicar las enseñanzas de los maestros griegos, interesados por las cuestiones teóricas de la filosofía y a retórica, “la idea de un pasatiempo desinteresado al margen de las obligaciones de la ciudad, empezó a imponerse en los romanos” (Grimal, 1993, p. 63). Pronto, la nueva generación descuidó la ejercitación y la práctica de las virtudes romanas. El caso más emblemático es el de Tito Pomponio, el mejor amigo de Cicerón, quien abandonando Roma para residir en Grecia por el resto de su vida, se ganó el apodo de Ático. Con todo, muchos romanos siguieron oponiéndose al excesivo interés por la formación teórica. Ellos veían en él el peor de los vicios del pueblo griego:

omnium autem ineptiarum, quae sunt innumerabiles, haud sciam an nulla sit maior quam, ut illi [Graeci] solent, quocumque in loco, quoscumque inter homines visum est, de rebus aut difficillimis aut non necessariis argutissime disputare.

⁶ El *Cursus honorum* establecía la jerarquía de las magistraturas a las que los romanos podían acceder. Así, un político debía “escalar” por varios cargos públicos de menor a mayor importancia antes de ocupar los cargos más importantes. El orden era el siguiente: i) la abogacía antes de iniciar la carrera política, ii) la cuestura, iii) la edilidad, iv) la pretura y, finalmente v) el consulado, el cargo público más alto en la República (Speake, 1999, p. 109).

Pero entre todas las necesidades, las cuales son innumerables, no sé si acaso haya alguna mayor que haya sido vista, tal como suelen aquellos [griegos], en cualquier lugar, entre cualesquiera hombres, disputar sutilísimamente acerca de cosas o difícilísimas o no necesarias. (*De or.* 2.18)

De esta actitud antiteórica da cuenta Cicerón en *De oratore*, cuyos personajes son sus propios mentores: Marco Antonio (el abuelo del futuro triunviro) y Lucio Licinio Craso, grandes políticos, oradores y *exempla*. El segundo, rodeado por esa nueva generación de discípulos amantes de la teoría griega, ante una pregunta de orden teórico que uno de ellos le dirige, responde con un tono violento y despectivo contra los griegos:

'Atqui' inquit Sulpicius 'hoc ex te, de quo modo Antonius exposuit, quid sentias, quaerimus, existimesne artem aliquam esse dicendi?' 'Quid? mihi vos nunc' inquit Crassus 'tamquam alicui Graeculo otioso et loquaci et fortasse docto atque erudito quaestiunculam, de qua meo arbitratu loquar, ponitis? Quando enim me ista curasse aut cogitasse arbitramini et non semper inrisisse potius eorum hominum impudentiam, qui cum in schola adsedissent, ex magna hominum frequentia dicere iuberent, si quis quid quaereret?'

“Pues bien”, dijo Sulpicio, “preguntamos esto a ti, ¿qué opinas sobre aquello que hace un instante Antonio expuso, estimas acaso que hay algún arte del decir?” “¿Qué?”, dijo Craso, “¿ahora vosotros imponéis a mí, tal como a algún grieguillo ocioso y parlanchín y quizá docto y erudito, una pregunta insignificante, sobre la cual hable a mi gusto? ¿Cuándo, en efecto, creéis que yo he considerado o reflexionado esas cosas y no me he burlado más bien constantemente de la imprudencia de estos hombres, quienes cuando se han sentado en la escuela, orden decir a la gran multitud de hombres, si alguien pregunta algo?” (*De or.* 1.102)

Aquí Craso expresa el sentir de los romanos conservadores con respecto a la sabiduría griega: inútil, innecesaria, carente de utilidad práctica, ociosa, despreocupada de la

situación política y habladora. En otro pasaje de la misma obra el personaje de Marco Antonio revela otra crítica de los romanos a la doctrina griega:

Nec mihi opus est Graeco aliquo doctore, qui mihi pervulgata praecepta decantet, cum ipse numquam forum, numquam ullum iudicium aspexerit.

No me es necesario algún profesor griego, que me repita hasta la saciedad preceptos vulgares, cuando él mismo nunca ha visto el foro, ni tampoco juicio alguno. (*De or.* 2.75)

Los oradores romanos, virtuosos políticos, contrastaban con los rétores griegos, hábiles para clasificar teóricamente las partes y los tipos de discursos, pero ignorantes para la acción. Mientras un orador romano poseía la experiencia y la *dignitas* gracias a los cargos públicos ejercidos, los rétores griegos carecían de la *auctoritas* para enseñar la retórica, pues no salían de sus escuelas y las palestras, y no iban a los verdaderos campos de la acción oratoria.

Con todo, la oposición resultó inútil. A pesar de que se logró expulsar a los embajadores, la aristocracia romana enviaba a sus hijos a Grecia para que estudiaran con los filósofos y los rétores. Además, hospedaban en sus *domus* a toda clase de intelectuales y artistas griegos. Así, como resultado de la tensión dialéctica entre el filohelenismo y el anti-helenismo, surgió, en algunos romanos, la necesidad de adaptar las doctrinas griegas a las exigencias propias de la cultura romana. Aceptando el hecho de que los productos culturales griegos habían penetrado hondamente y causado una revolución espiritual en los romanos, aquellos usaron su conocida capacidad de síntesis para adaptar las tradiciones retórica y filosófica griegas a las *mores* de la República. En esta medida la recepción de la filosofía y la retórica no fue pasiva. Los romanos realizaron una transformación sobre éstas al reinterpretarlas a la luz de sus propias necesidades y problemáticas. El mayor representante de este movimiento de síntesis fue Cicerón, cuya vida mostró que sí era posible una síntesis entre el espíritu griego y romano: ocupó altos cargos públicos, fue un reputado orador, tuvo una amplia formación intelectual y sus reflexiones teóricas estuvieron comprometidas con los fines políticos de la República.

En primera instancia, advierte Cicerón, la formación teórica es importante siempre y cuando esté aterrizada en la práctica y no se haga de manera excesiva. Es prudente filosofar, pero moderadamente:

Ac sic decrevi philosophari potius, ut Neoptolemus apud Ennium “paucis: nam omnino haud placet.” Sed tamen haec est mea sententia, quam videbar exposuisse: ego ista studia non improbo, moderata modo sint.

Y de esa manera he decidido más bien filosofar, tal como Neoptólemo en la obra de Enio: “en pocas cosas: pues completamente no me place”. Pero, no obstante, esta es mi sentencia, la cual parecía haber expuesto: yo no desapruero aquellos estudios, a condición de que sean moderados. (*De or.* 2.156)

Por esta razón la filosofía romana suele ser calificada por muchos historiadores de la filosofía como *pragmática* o *moralista*. Ello porque rechazaba el discurrir teórico, las construcciones abstractas y las cuestiones metafísicas, privilegiando la acción y la experiencia práctica. Se dejaba de lado la necesidad de una fuerte fundamentación teórica y se abogaba por una justificación a partir de las consecuencias prácticas que una doctrina comportase para los fines prácticos-sociales de la República. De ahí que la filosofía política, del derecho, la retórica y la ética fuesen las áreas de estudio privilegiadas por los filósofos romanos.

En ese sentido, se buscó que la sabiduría práctica de los romanos se reapropiase de la sabiduría teórica griega para nutrir su acción. Dado que los romanos privilegiaban la sabiduría obtenida por la experiencia práctica (*usus*), fruto de la reiterada puesta en práctica de lo aprendido de sus maestros, la filosofía romana usó la teoría para reflexionar sobre los móviles y la justificación de la acción. Toda reflexión teórica tenía que estar comprometida, en última instancia, con los fines políticos de la República y con el bien de sus habitantes. Por otra parte, la reflexión debía partir de unos principios que no se podían poner en duda y con los cuales debía armonizar. Estos principios, que constituían una especie de pre-filosofía romana, eran las instituciones y las leyes que regulaban los *mores* tradicionales

romanas, especialmente la *Ley de las XII Tablas*, fuente del Derecho romano.⁷ De esta manera, la filosofía y retórica se hicieron productos romanos cuando, haciendo énfasis en la experiencia y la praxis política, se pensaron a sí mismas como la superación del ocio improductivo, del parloteo alejado del escenario político y de la excesiva especulación de los “grieguillos”.

A partir de esta síntesis entre el espíritu griego y romano un nuevo modelo e ideal educativo nació en Roma. El fin de esta nueva educación era formar jóvenes que supieran hacer buen uso de la filosofía y la retórica como herramientas útiles para sus empresas políticas. En ella la teoría ocupó un segundo plano, pues los griegos eran un suplemento útil pero no necesario (Michel, 1960, p. 16). Lo esencial de la educación romana siguió intacto: la experiencia práctica, la relación con hombres de experiencia y el respeto por las leyes y las instituciones. Así, los jóvenes romanos leían y discutían las obras de los filósofos y los rétores. Algunos, como Cicerón, tenían maestros griegos en sus *domus* y al cumplir la mayoría de edad realizaban viajes a Grecia para estudiar sus las escuelas filosóficas y retóricas. Junto a esta formación, se seguía estudiando la tradición, las costumbres y la historia romana. La asociación con políticos y militares destacados, los ejercicios prácticos y las tempranas campañas militares siempre se conservaron. Ahora bien, para este nuevo ideal educativo, que combinaba lo mejor de dos mundos, no faltaron *exempla*. En efecto, esa generación de jóvenes que escucharon a los embajadores, contra todos los pronósticos de la élite conservadora, supieron combinar su amor por las disciplinas griegas con los cargos públicos y las campañas militares. Es por ello que Cayo Lelio y Escipión Emiliano han ganado el título de padres de la filosofía romana:

Quid enim potest esse praeclarior, quam cum rerum magnarum tractatio atque usus cum illarum artium studiis et cognitione coniungitur? aut quid P. Scipione, quid C. Laelio, quid L. Philo perfectius cogitari potest? qui, ne quid praetermitterent, quod ad summam laudem clarorum virorum pertineret, ad

⁷ Al respecto señala Michel (1960): “Toda la filosofía carece de valor frente a la ley de las doce tablas. Estas son las *leges* y las *instituta* de Roma que constituyen su sabiduría y lo esencial de su cultura. El orador-filósofo, si es sabio, extrae su ciencia de las leyes de Roma y de su espíritu, de las costumbres de la ciudad y del arte de los rétores” (p. 5).

domesticum maiorumque morem etiam hanc a Socrate adventiciam doctrinam adhibuerunt. Quare qui utrumque voluit et potuit, id est ut cum maiorum institutis, tum doctrina se instrueret, ad laudem hunc omnia consecutum puto.

¿Qué, en efecto, puede ser más excelente, que junto al tratamiento de asuntos importantes y junto a los estudios y conocimiento de aquellas artes se una la práctica? ¿O qué puede ser concebido más perfecto que Publio Escipión, que Cayo Lelio, que Lucio Filón? Quienes, no descuidando esas cosas, que perteneciesen al gran elogio de los varones ilustres, han aplicado también esta doctrina extranjera de Sócrates a la costumbre patria de los antepasados. Por lo que quien ha querido y ha podido ambas cosas, esto es, se ha instruido tanto con las instituciones de los antepasados como con la doctrina [socrática], creo que este ha alcanzado todas las cosas relativas al elogio. (*De rep.* 3.5-6)

4. Conclusión

A modo de conclusión podemos señalar un par de cosas sobre el proceso que revolucionó la educación tradicional romana. En primer lugar, este proceso puede concebirse dialécticamente, pues fue el resultado de la confrontación de dos fuerzas opuestas. Por un lado, un espíritu filohelenista que en su afición por la cultura y las disciplinas griegas rehuyó de los valores de la romanidad, espíritu que fue materializado en el *Círculo de Escipión*. Por otro lado, un espíritu antihelenista que despreció todos los productos de la cultura griega en busca de preservar la esencia de la romanidad, espíritu que fue materializado en la figura de Catón el Censor. La oposición de estos espíritus opuestos culminó en una síntesis que dio como resultado un nuevo modelo educativo en el que el carácter especulativo griego se aunaba al vigor práctico romano. Este proceso de síntesis se materializó en la figura de Cicerón, quien se dedicó a (re)conciliar las reflexiones intelectuales griegas con los valores y las costumbres de los romanos.

En segundo lugar, hay que reconocer que este proceso de síntesis permitió la aparición de las grandes figuras intelectuales romanas como Varrón, Séneca y Marco Aurelio. Estos personajes se destacaron en su tiempo por sus empresas políticas y militares y por su gran

habilidad como oradores, pero han pasado a la posteridad gracias a su producción intelectual. Sus obras no sólo revelan un gran conocimiento filosófico y una riqueza retórica y estilística, sino también aquello que resulta de asociar exitosamente la praxis política con la especulación teórica. Por otra parte, sus acciones políticas y militares no sólo expresan la tenacidad y austeridad del espíritu romano, también muestran la reflexión y la prudencia que aprendieron de los griegos. Todo esto de ser tenido en cuenta si se quiere capturar la esencia de obras como las *Epístolas Morales a Lucilio* de Séneca y las *Meditaciones* de Marco Aurelio.

Referencias

- Cicerón, M. (1902/03 [*De or.*]). *De oratore, libri tres. M. Tulli Ciceronis Rhetorica*, Vol. 1. S. Wilkins (Ed.). Oxford: Oxford University Press.
- _____. (1969 [*De rep.*]). *De re publica, librorum sex quae manserunt. M. Tulli Ciceronis scripta quae manserunt omnia*, Fasc. 39. K. Ziegler (Ed.). Leipzig: Teubner.
- _____. (1918 [*Tusc.*]). *Tusculanae Disputationes. M. Tulli Ciceronis Scripta Quae Manserunt Omnia*, Fasc. 44. M. Pohlenz (Ed.). Leipzig: Teubner.
- Gelio, A. (1968 [*NA*]). *Auli Gelli noctes Atticae*, 2 Vols. K. Marshall (Ed.). Oxford: Clarendon Press.
- Grimal, P. (1993). *La vida en la Roma antigua* (trad. S. Schiumerini y F. Schiumerini). Barcelona: Paidós.
- Horacio, Q. (1959 [*Ep.*]). *Epistulae*. En: F. Klingner (Ed.), *Q. Horati Flacci Opera*. Leipzig: Teubner.
- Michel, A. (1960). *Rhétorique et philosophie chez Cicéron: essai sur les fondements philosophiques de l'art de persuader*. Paris: PUF.

Morford, M. (2002). *The Roman Philosophers: From the Time of Cato the Censor to the Death of Marcus Aurelius*. Londres & New York: Routledge.

Plutarco, M. (1879 [Cat. Ma.]). *Cato Maior. Plutarchi Vitae Parallelae*, Vol. II. K. F. F. Sintenis (Ed.). Leipzig: Teubner.

Speake, G. (Ed.). (1999). *Diccionario Akal de Historia del mundo antiguo*. M. García Quintela (Trad.). Madrid: Akal.

Veyne, P. (2009). *El imperio grecorromano*. E. del Amo (Trad.). Madrid: Akal.